

REFLEXIONES DE VERANO: LOS PARTIDOS DE LA IZQUIERDA

CON el habitual paréntesis del verano se cierra el año económico, tras las Juntas Generales y el pago de la renta; el año escolar con los exámenes; y el año político, oficialmente con las vacaciones parlamentarias y algunos de los numerosos congresos nacionales o territoriales de los partidos que suelen ocupar los fines de semana. Aunque en este 1985 continúen abiertas las cámaras unas semanas más y a lo largo de los próximos días puedan cambiar los titulares de cinco o seis Ministerios, el curso político 84-85, tercero del mandato socialista, termina ahora. Es una oportunidad para ir desgranando una serie de reflexiones sobre cuatro cuestiones capitales: primero, los partidos de izquierda y los otros; segundo, los poderes; tercero, el Estado y la nación.

En democracias menos discontinuas que la española, los partidos actuales se remontan a varias generaciones y, cuando son muy históricos o muy ideológicos, conservan incluso el viejo nombre, como un elemento precioso de su patrimonio.

En España, evidentemente sólo en pocos casos ocurre eso. En el de los comunistas, que nunca fue un partido muy importante hasta la guerra civil y después conservó más leyenda que eficacia en las acciones clandestinas contra el régimen interior; en el del PNV, que se mantuvo articulado en torno a un gobierno vasco, que transmitían a las nuevas generaciones el sagrado fuego del nacionalismo sabiniano en la intimidad del hogar, como una especie de culto doméstico; y, podría añadirse también, aunque no sin ciertas reservas, en el del PSOE: la continuidad de los antiguos parlamentarios y dirigentes exiliados, la veneración mantenida en el interior por las víctimas de la guerra y de la represión, y unos poquísimos miles de afiliados, de los que los que habitualmente en la península y las islas eran unos residuos o personas sueltas que, apenas salidas de las cárceles, intentaban hacer algo para seguir.

LOS partidos de la actual Coalición no tienen ninguna continuidad con las derechas de anteguerra, y los nacionalistas mayoritarios en Cataluña son de una especie distinta a los políticos de la Lliga y de la Esquerra.

Los socialistas en estos tres años de poder han consolidado su organización, han ligado intereses políticos y electorales entre sus miembros activos, casi



ANTONIO
FONTÁN

todos ellos ahora electos para algo o con puestos en la Administración. Tienen un dirigente indiscutido, que resulta tolerable más allá de las lindes ideológicas o disciplinarias del partido. Su problema consiste en que ese partido «obrero» no garantiza el entendimiento con los trabajadores de la industria, porque prometió una lluvia de bienestar y se encuentra ante un período de sequía. Otra parte de los diez millones de votantes que se juntaron en el 82, se han desencantado por las consecuencias de la crisis económica, por la comprobación de

que la campaña estaba cuajada de promesas de imposible cumplimiento, y por la sensación, cada vez más extendida, de que, pese a todo, bajo la UCD se estaba mejor.

LOS comunistas se han disuelto como partido al sustituir a los viejos profesionales que arrastraban como carga negativa el ser la viva estampa de la guerra civil, por unos personajes más jóvenes que no se llevan detrás a nadie. El único a quien hay trabajadores que hacen caso es Camacho, pero más como sindicalista que como político de partido. Por numerosas que sean las marchas a Torrejón y las cadenas humanas, el PCE en un momento electoral representa bien poco.

Por eso, los socialistas, a pesar del desgaste del gobierno y de los numerosos capítulos inéditos que conserva su programa del 82, todavía aspiran a una victoria aunque no sea absoluta. No tienen rival político a su izquierda y pueden dedicarse a ganar o mantener simpatías hacia el centro. De ahí sus feroces ataques a Fraga, con las elecciones de Galicia a las puertas. Se quiere descalificar a la Coalición como si fuera un residuo o una continuación del franquismo. Pero préstese atención a que el principal problema socialista es éste: la posible consolidación del rival por estribor. Las reyertas regionales entre los dirigentes de las autonomías y la Secretaría General, son fuegos artificiales, con los que se pretende llamar la atención sobre la necesidad de unirse, y de hacerlo en torno al pivote central, para que los regionales o locales puedan seguir estando al frente de la Junta de Andalucía, o de la Alcaldía de Vigo.

Por el lado izquierdo, sigue sin haber quien rivalice con el PSOE y, mucho menos, quien sea capaz de desplazarlo.